

Passport

Me llamo Olivia y sé que algo no va bien. No me preguntes el qué, no lo sé. Llámalo intuición o como quieras, pero algo está pasando. He hablado con Matteo, pero él dice que son imaginaciones mías, pero no lo son. Últimamente vigila cada paso que doy. Me oculta algo y voy a descubrirlo.

Si alguien es capaz de destapar qué es lo que está pasando, esa soy yo: inspectora jefe Olivia Giordano. Trabajo en la División de Cooperación Internacional desde hace cinco años. Está mal que lo diga, pero mi carrera es muy prometedora. He tenido que hacer muchos sacrificios, pero ha valido la pena.

Hace un par de días recibí una llamada de Lyon. Después de varios años se ha reactivado un caso muy importante y del que depende mi ascenso a directora de Operaciones. Tengo que desplazarme hasta allí. A Matteo no le hizo mucha gracia la noticia. Nada más comentárselo le cambió el semblante y empezó a hablar de sus planes para reformar la planta baja de la casa y el jardín. Estos dos últimos días han sido complicados. Cada vez que le hablo del viaje a Lyon hace lo mismo, cambia de tema inmediatamente.

Hoy es la última noche antes de partir rumbo a Francia y ya tengo todo preparado. Cada vez que salgo de viaje reviso mi lista para comprobar que no me olvido de nada. Menos mal, porque casi me dejo el pasaporte y todo porque Matteo me lo ha vuelto a cambiar de sitio. Tengo que hablar seriamente con él. No entiendo por qué lo tiene guardado en el cajón de su mesita de noche.

Al guardarlo noto que hay una hendidura en el reverso. La última hoja está perforada y eso solo se hace cuando el pasaporte está completo y hay que solicitar uno nuevo. Sin embargo, es evidente que aún tiene varias hojas vacías. Solo tiene los sellos del viaje a México por las Bodas de Oro de los yayos y alguno que otro por viajes de trabajo.

Una sonrisa se dibuja en mi rostro cuando reconozco uno de los sellos: mi primer viaje como inspectora, de muchos otros que vendrían, investigando fraudes y persiguiendo a falsificadores. Pero éste fue especial. Fue hace ya cuatro años cuando me destinaron a Manarola, un pequeño pueblo pesquero en el norte de Italia, y mi vida cambió.

A las dos semana de establecerme allí detuve a un chico en un mercado que, confundiéndome con una turista, trató de venderme un bolso de Prada falsificado. Quién me iba a decir a mí, por aquel entonces, que aquel chico italiano de ojos marrones y rebeldes rizos se convertiría no solo en mi confidente, sino también, un año después, en mi marido.

Estaba demasiado centrada en mi trabajo para darme cuenta de las intenciones de Matteo. Siempre me ha gustado presumir de calar a la gente a la primera, pero a él no le vi venir. Tenía que haberme dado cuenta, sobre todo la primera vez que me llamó para darme un soplo y me citó de noche en el puerto de Manarola, donde había preparado un pequeño picnic, alegando que algo teníamos que cenar mientras hablábamos de trabajo cubiertos por un manto de estrellas.

De vez en cuando se pasaba por el despacho por si podía ayudar en algo, aunque fuese con unas fotocopias. Se tomaba muy en serio el trato que le ofrecimos a cambio de su libertad. Llevaba café, sándwiches y hacía pequeños recados cuando no tenía ninguna pista que ofrecernos sobre la investigación.

Mis sospechas se confirmaron cuando me citó, un par de meses después de conocernos, en un pueblecito cercano, Riomaggiore, en el bar dell'Amore. Pero para entonces ya era demasiado

tarde, me había enamorado sin darme cuenta. Pasamos una agradable velada comiendo al aire libre, en una mesa con vistas al acantilado y soñando con los lugares que nos gustaría visitar.

Así pasamos siete meses, trabajando codo con codo y recorriendo la provincia de La Spezia cuando podíamos tomarnos algún respiro: Monterosso al Mare, Vernazza, Corniglia. Había oído hablar mucho de Cinque Terre, pero la experiencia superó con creces cualquier foto u opinión que hubiese visto y leído.

Finalmente, llegó el momento que tanto había estado temiendo: la investigación había finalizado y me avisaron de un nuevo delito de fraude en Seattle; volvía a casa.

Matteo no se lo pensó dos veces, y en cuanto se lo conté, me dijo que tenía un amigo en Oregón que le podría dar trabajo, así que me seguiría allá donde fuese; nuestros caminos se habían cruzado y no pensaba dejarme marchar. Desde entonces, no nos hemos separado. Por eso, no entiendo su actitud en estos momentos. Él mejor que nadie sabe cómo es este trabajo: una maleta siempre preparada a la espera de una llamada; como la de Lyon.

Justo cuando voy a cerrar el pasaporte noto que hay algo que no cuadra, hay un sello casi imperceptible, solo se aprecian cinco letras: FRANCO. Pero yo no he estado en Francia nunca, ni por trabajo ni de vacaciones.

- Matteo ¿has usado mi pasaporte para alguno de tus viajes? Estaba guardado en tu mesita y hay medio borrado un sello de Francia, pero no hemos estado nunca allí. Al menos yo no. Mira -le digo mientras le tiendo el pasaporte-.

- Cariño, tengo que contarte algo. Por favor, siéntate para que podamos hablar tranquilamente.

- ¿Qué pasa? ¿Qué me estás ocultando? Y no me digas de nuevo que son imaginaciones mías, porque sé que no es así. Llevas un tiempo muy raro. -Mientras tomo asiento, escudriño su mirada intentando leer su semblante-.

- Liv, tenemos que hablar sobre Lyon; no puedes irte mañana, -comenta cautelosamente mientras una pequeña lágrima empieza a aparecer en su rostro-.

- ¿Por qué? Pensé que ya había quedado todo claro. El tema está zanjado, no pienso discutir otra vez sobre lo mismo. -No pretendía elevar la voz, pero no podía controlarme, algo ha emergido desde mi interior y ha hecho que me ponga echa una furia-. De este viaje depende mi carrera, está en juego mi ascenso y deberías respetarlo. -No sé por qué no entiende lo importante que es para mí-.

- Liv, tranquilízate, por favor. -No me gusta; está poniendo ese tono suyo que emplea cuando lo que va a decir es serio; muy serio-. No puedes ir a Lyon mañana porque hace 25 años que ya hiciste ese viaje. Hace 25 años que cerraste el caso y que te nombraron directora ¿recuerdas?

- ¿Qué tonterías estás diciendo? -Siento como mi tono de voz se va elevando cada vez más y más-. Creo que hoy te ha dado mucho el sol.

- Mamá, por favor, sabemos que es complicado, pero tienes que escuchar a papá.

- ¿Qué...? -De pronto mi mirada se detiene en la presencia de una segunda persona. No me había percatado de ella hasta este momento. ¿De dónde ha salido? Vuelvo a centrar mi atención en M... No consigo recordar su nombre, quién es...-.

- ¿Liv? ¿Livvy? Cariño, -sus lágrimas son ya más que evidentes- es Naya, nuestra hija. Concéntrate, haz un esfuerzo, por favor; vuelve conmigo. No estoy preparado para que te vayas, no puedo dejarte ir aún, por favor, vuelve.

De pronto un clic suena en mi cerebro.

- Matteo ¿qué me está pasando? -Ahora lo recuerdo. Aquel día en la consulta del médico. ¿Cuánto tiempo me dijo...? Dos, tres años a lo sumo ¿Cuánto ha pasado desde entonces? No estoy segura, puede que dos y medio-. ¿Cuánto tiempo he estado ausente esta vez, Matt?

- No te preocupes, cariño, lo importante es que has vuelto. Siempre consigues encontrar el camino de vuelta a nosotros.

Mi mirada se detiene de pronto en el pasaporte.

- ¡Matt, los sellos del pasaporte! Antes no... ¿cómo es posible? No estaban -Ahora puedo ver con claridad todos y cada uno de ellos. Cada sello cuenta una historia, nuestra historia. De golpe vuelven todos los recuerdos: el viaje a Lyon al que no fui sola, Matteo me acompañó y estuvo apoyándome durante los seis meses que duró la investigación. Luego vino Nueva Delhi, donde nos enamoramos a primera vista de Naya y pudimos hacer realidad nuestro deseo de ser padres. Estambul, Taipéi, Cracovia, Barcelona, Ciudad del Cabo y tantos otros; unos por trabajo, otros por placer, pero nunca sola, siempre con ellos-. ¿Cómo he podido olvidaros? No puedo seguir así, no viendo el daño que os causa cada una de mis ausencias. -Ahora no solo Matteo llora. No sé cómo he podido olvidarme de todo, de ellos. Son mí vida. Esta maldita enfermedad-

Los tres rememoramos cada uno de esos viajes, cientos de anécdotas. No quiero perder ni un minuto, no cuando no sé cuánto tiempo me queda antes de que mi mente se desconecte de nuevo. Tengo que expresar al máximo este último viaje por nuestros recuerdos.

Dos horas después... todos los sellos del pasaporte desaparecieron por última vez.